

Lc 6,12-13.17.20-26

Murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham

En la lectura del Evangelio de Lucas, el domingo pasado veíamos las circunstancias en que Jesús llamó al primero y más importante de sus discípulos, Simón Pedro, y también a los hermanos Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. El Evangelio concluía: «Ellos llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron» (Lc 5,11). Ellos tres son claramente el núcleo más cercano a Jesús y serán los únicos llamados a ser testigos de su Transfiguración.

En la primera parte del Evangelio de este Domingo VI del tiempo ordinario Lucas nos presenta otro episodio fundante, a saber, la formación del grupo de los Doce, con Pedro a la cabeza, que serán las columnas sobre las cuales edificará Jesús la comunidad de sus discípulos, que Él llama «mi Iglesia» (Mt 16,18). Lucas se preocupa de informarnos que en cada uno de los pasos fundamentales de la obra que el Padre le encargó realizar, Jesús se entrega a la oración, como el modo de alinear perfectamente su voluntad a la de Dios. Él ora tal como nos enseñó a nosotros: «Hagase tu voluntad» (Mt 6,10; 26,42). En este caso no fue un momento breve de oración, sino toda la noche: «Por aquellos días se fue Él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió a doce de entre ellos, a los que llamó también “apóstoles”». Los llama «enviados», porque ellos no tienen un mensaje propio ni atraen a los seres humanos detrás de sí; ellos deben transmitir la Palabra de Cristo, que les ha sido confiada, y deben atraer a todos hacia Cristo. Bien expresa esto San Pablo, quien, aunque no perteneció al grupo de los Doce, es, junto a Pedro, el más grande de los apóstoles: «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor; y a nosotros como esclavos de ustedes, por causa de Jesús... Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la sobreabundancia de la fuerza sea de Dios y no de nosotros» (2Cor 4,5.7).

Después de indicar el nombre de esos doce discípulos, comenzando por «Simón, a quien llamó Pedro (piedra)», el Evangelio sigue: «Bajando con ellos Jesús se detuvo en un lugar llano; había una gran multitud de sus discípulos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón... que habían venido para oírlo». ¿Por qué interesa

detallar tanto el auditorio? Porque Jesús va a pronunciar uno de sus discursos más importantes, que comienza con las bienaventuranzas, dirigidas precisamente a ellos. Jesús quiere definir así la condición de «discípulo» suyo: «Levantando sus ojos hacia sus discípulos, dijo: “Bienaventurados ustedes los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios; bienaventurados ustedes, que tienen hambre ahora, porque serán saciados; bienaventurados ustedes, que lloran ahora, porque serán consolados; bienaventurados son ustedes, cuando los hombres los odien... por causa del Hijo del hombre». El discípulo de Cristo es dichoso, pero según esta dicha definida aquí por Jesús.

En el Antiguo Testamento hay muchas «bienaventuranzas»; todo el libro de los Salmos comienza con esa palabra: «Bienaventurado el hombre, que... se deleita en la Ley del Señor y medita su Ley día y noche» (Sal 1,1a.2). Pero estas bienaventuranzas de Jesús son una novedad absoluta. Él llama «dichosos» a los pobres, a los que tienen hambre, a los que lloran, a los perseguidos por causa de Él. Y la razón que indica para llamarlos «dichosos» ahora, en este mundo, es que Dios revertirá su situación en la vida eterna: «De ellos es el Reino de los cielos...; ellos serán saciados...; ellos reirán...; grande será su recompensa en el cielo». Jesús nos revela que la salvación de Dios en favor de los pobres, los que tienen hambre, los que lloran, consiste en revertir esas situaciones en la eternidad.

Jesús afirma que se revertirá la situación no sólo de los que ahora sufren, sino también de los que ahora gozan y les advierte sobre su futura desgracia: «Ay de ustedes, los ricos, porque han recibido su consuelo. Ay de ustedes, los que ahora están saciados, porque tendrán hambre. Ay de los que ríen ahora, porque tendrán aflicción y llanto. Ay cuando todos los hombres hablen bien de ustedes, pues de ese modo trataban los padres de ustedes a los falsos profetas».

Jesús propuso esta enseñanza, no sólo en esta forma general –los pobres, los que tienen hambre, etc.–, sino también por medio de una parábola en la que presenta el contraste entre un rico «que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas» y un pobre llamado Lázaro «que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico...». Esta era la situación de uno y otro en este mundo. Pero se revirtió después de la muerte de ambos en esta otra: «Murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fue

sepultado... en el hades, entre tormentos». A éste advierte Abraham: «Hijo, recuerda que tú recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado» (cf. Lc 16,19-26).

Experimentó la salvación de Dios la Virgen María y lo expresa en su cántico de alabanza: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava; desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho en mí cosas grandes» (Lc 1,47-49). Ella es uno de esos pobres que son bienaventurados. Pero lo dice también en general: «Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes; llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos vacíos» (Lc 1,52-53). Como suele hacerlo el género profético, ella expresa la salvación de Dios como ya cumplida.

¿Por qué hay en nuestro mundo pobres, que carecen de lo necesario, y hambrientos y afligidos? Más aún, Jesús aseguró: «Pobres los tendrán siempre con ustedes» (Jn 12,8). Cuando Dios creó al ser humano, así como dijo: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gen 2,18) y creó a la mujer, así también podemos imaginar que dijo: «No es bueno que el hombre muera» y le dio el árbol de la vida; «No es bueno que el hombre padezca hambre» y le dio el fruto de todos los árboles del Edén; «No es bueno que el hombre carezca de lo necesario» y lo puso en el Paraíso. Pero el ser humano quiso ser como Dios, desobedeciendo su mandato y, así «entró el pecado en el mundo y, por el pecado, la muerte» (Rom 5,12). Por el pecado entró la violencia, la ambición, el egoísmo, la soberbia, el abuso de unos y las consecuencias de pobreza, hambre, aflicción y llanto de otros. No tendremos salvación de estos males sino por la liberación de la esclavitud del pecado y no somos liberados de esa esclavitud, sino por Jesucristo, como lo reveló el Ángel del Señor a José: «Le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles